

ránea, y tal vez allí la causa del desconcierto y el temor que despierta en algunos seres aferrados a mezquinas preocupaciones. En nuestro entender, la creación novelística cuestiona en forma radical ciertas nociones enfatizadas por la crítica contemporánea como lo son las del «narrador ficticio» y el «lector ficticio», absorbidas por el mundo de la ficción.

Abaddón asume abiertamente el mito del Apocalipsis. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento despliegan una historia de la salvación que se funda en dos hechos muy importantes: la *revelación dinámica de Dios en la Historia* —Dios es el Dios de la Historia para los judíos, es decir, se revela en el acontecer— y la *función de la palabra* en la economía de la salvación. Dios se revela progresivamente y el pueblo conoce esto a través de la palabra del *profeta*, que interpreta la Historia. En el espacio reducido de la historia de Israel, es posible ver una historia universal, cuyas estructuras se repiten. Errancia, esclavitud, aparición de los conductores, de los profetas, llegada a la Tierra Prometida, esplendor del Reino. Es su adhesión al mito judeo-cristiano, adhesión implícita, en muchos casos, la que permite a Sábato sumergirse en la profunda realidad de este simbolismo, y asumir la historia contemporánea desde la profecía de San Juan en el Apocalipsis. Entonces, dice San Juan,

el quinto ángel tocó la trompeta y vi un astro caído del cielo sobre la tierra, y le fue entregada la llave del pozo del abismo, y abrió el pozo y subió el humo del pozo como humo del gran horno y se entenebreció el sol y el aire con el humo del pozo y del humo surgieron langostas que se extendieron sobre la tierra; y estas especies de langostas son semejantes a caballos preparados para la guerra y sobre sus cabezas llevaban unas, como coronas, que semejaban ser de oro, y sus rostros como rostros de hombres, y sus cabellos como cabellos de mujer, y sus dientes como de león y sus tórax como lorigas de hierro y el sonido de sus alas como sonido de carros de muchos caballos que corren a la pelea y tienen sobre sí el ángel del abismo, cuyo nombre es en hebreo Abaddón y en griego tiene por nombre Apolión.

El novelista nos remite a esta simbólica, a la oposición de Babilonia-ciudad mundana y Jerusalén-ciudad santa. Y nuestra comprensión de su mensaje no será plena si no nos ubicamos dentro de una perspectiva salvífica que no ha sido ciertamente percibida por muchos críticos de esta obra.

La mujer, como símbolo de las tinieblas, se liga en esta temática al nuevo Génesis de la humanidad, que el Apocalipsis de San Juan

simboliza en la hija de Sion con dolores de parto. Es el período de inmersión en el caos, necesario a una nueva regeneración de la humanidad. Está tocando, Sábato, temas muy hondos, profundos y significativos.

La serie de acontecimientos está llamada a repetirse; el pasado prefigura el porvenir, sin por esto limitarlo; no hay repetición, sino innovación, pero ésta se cumple dentro de lo que ha sido profetizado y siguiendo ciertas líneas que estructuran toda historia.

El novelista se esfuerza por destruir definitivamente la autonomía de la ficción y lleva su palabra al plano de la profecía. Su lectura de la Historia a la luz de la Biblia lo conduce a una aceptación del sentido de los acontecimientos y a una actitud admonitoria en la cual, a la vez, se filtra una esperanza.

El propio Sábato ha venido desarrollando, en parte dentro de su propia creación, y en mayor medida en sus ricos e importantes ensayos filosóficos y críticos, una teoría literaria y específicamente una concepción de la novela que hace de ella el testimonio humano por excelencia y el campo de la búsqueda por la que el hombre se hace tal, despierta a su verdadero ser y descubre el sentido de la Historia y la Creación.

Por nuestra parte vemos en la *novela*, no en las obras que son mera crónica del mundo ni en la simple presentación de personajes o acontecimientos, sino en ese género específico que es acto personal de desnudamiento y de despliegue de una conciencia, un auténtico camino de salvación que el escritor, cuando accede al llamado, recorre con valentía, transformándose así en héroe mítico, y que en muchos casos le depara el acto ritual y trascendente de la transformación interior, el que se expresa en figuras de metamorfosis. Género cristiano sin necesidad de inscribirse dentro de lo confesional, la novela propicia la muerte y el nuevo nacimiento, el cambio interior dinamizado por la palabra como instrumento sagrado y transformante, es decir, verbo creador. Por eso la novela incide en la modificación del mundo, pero no a través de propuestas de cambio exterior, sino desde el núcleo personal e íntimo del yo en crisis que alcanza la máxima vivencia de su muerte y empieza a vivir, como dice Dante, la «vida nueva», es decir, la participación en la corriente viva del espíritu. Es el paso de la conciencia relativa a la conciencia axial o trascendente, el acceso de la subjetividad a la «objetividad». En términos filosóficos, podríamos afirmar que el novelista cumple las etapas de una actitud fenomenológica, al descubrir a partir de la existencia el

plano de la intersubjetividad: desde ese nivel es capaz de dar el salto cualitativo que lo coloca más allá del nivel filosófico, diríamos, en el nivel místico.

A través de una experiencia personal de desnudamiento y riesgo, renunciando de antemano a la comodidad de los dogmas cristalizados, Sábato, como novelista moderno, redescubre la experiencia religiosa original. En un mundo en que predominan las formas culturales desacralizadas, el vaciamiento del sentido, la mecanización existencial y aun ciertas formas cristalizadas del rito, el escritor, de vuelta de un periplo, es el encargado de recobrar la *religación con el Origen*.

La novela, la suya, dramatiza el misterio de la reanudación del vínculo entre el hijo y el Padre, una vez cumplida la anagnórisis reveladora. Una vez más, el Arte, como lo dice Murena, *viene a salvar el mundo*.

La idea de la literatura que tiene Sábato y que toda su obra ejemplifica, se centra de un modo especial en este género moderno. Este producto híbrido, la novela, permite justamente el entrecruzamiento de la atemporalidad poética y el compromiso histórico del hombre. En *El escritor y sus fantasmas* hallamos profundas reflexiones al respecto: «No andaban equivocados los hombres de aquel círculo de Jena que buscaban la identificación de los contrarios, como Schlegel, Novalis, Hölderlin y Schelling. Y para esta tesis no hay nada más adecuado en las actividades del espíritu humano que el Arte, pues en él se conjugan todas sus facultades, reino intermedio como es entre el sueño y la realidad, entre lo inconsciente y lo consciente, entre la sensibilidad y la inteligencia.» Sábato cree y proclama, pues, la legitimidad del pensamiento poético y en ello se acerca a la rica corriente de Marechal, de Octavio Paz y de los mayores creadores de América Latina.

Quienes buscan la originalidad de nuestro pensamiento, el que se gesta en la cultura continental, no habrán de encontrarlo en las aulas filosóficas, ni en las academias científicas, sino en la expresión profunda y compleja de nuestros grandes escritores. Es el suyo un pensar auténticamente filosófico y creador que comporta una apertura intuitiva a la realidad y una reflexión sobre esa experiencia de conocimiento. Pero tal conocimiento se enriquece con los aportes de la sensibilidad, del sentimiento, la imaginación y el sueño, zonas marginales o no significativas para el pensar racional confinado a sus propios límites. «El poeta es el sabio», dice Emerson, y nosotros haríamos extensiva esta afirmación a todo creador poético en el hondo

sentido de esta expresión y especialmente al novelista cuando, como en este caso Ernesto Sábato, alcanza a cumplir la trayectoria que le devuelve su plenitud poética. La novela cumple, efectivamente, el periplo existencial del héroe real y concreto que, a través y por la palabra, se busca en el mundo y en la experiencia; atraviesa el infierno de sentirse perdido en el bosque, cruza el mar y es azotado por la cólera de los elementos y finalmente se entrega a la misericordia de las aguas que lo conducen a su patria y permiten el reencuentro con el padre y la alegría de la reconciliación.

GRACIELA MATURO

Caracas 459, 1.ª D
1406, Buenos Aires
ARGENTINA